

LA MUJER MAS ADORADA DE LA HUMANIDAD, por Federico de Madrid



Interesante pintura tibetana mostrando diferentes aspectos de la diosa

Un efecto de luz ha venido a dar cierta expresión sensual a esta figura en porcelana blanca de biscuit

De bandolero a rey y de princesa a diosa.—Fué expulsada del infierno.—La "Madonna" del Oriente.—Más de una tercera parte de la población mundial le rinde culto

Si habéis andado por el Extremo Oriente, si habéis visitado las secciones chinas o japonesas de los museos extranjeros, si habéis curioseado por las galerías de arte o tiendas de antigüedades, es probable que haya atraído a vuestra atención una graciosa figura femenina de facciones delicadas, pero decididamente asiáticas, vestida con amplios ropajes de múltiples y armoniosos pliegues, acompañada frecuentemente de dos niños o llevando uno en brazos, o sosteniendo por largas cintas una canastilla rebosante de flores, y os habrá cautivado la notable expresión de dulzura y bondad que aparece en su rostro.

Es la diosa Kuan-Yin, la deidad oriental más popular y conocida, cuya imagen han venido reproduciendo amorosamente los artistas asiáticos desde hace más de veinticinco siglos, y que encontramos hoy bordada en sedas, tramada en sutil encaje, pintada en frescos y sobre lienzo, seda o papel, esculpida en piedra, tallada en madera, fundida en bronce, repujada o cincelada en plata y oro, moldeada en cerámica y porcelana, trabajada paciente y primorosamente en marfil y en jade y en todas las piedras duras, y que aparece, en fin, en todas las manifestaciones de la iconografía oriental.



Kuan-Yin, la diosa de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la fecundidad, de los marinos y pescadores; Kuan-Yin, en cuyo honor se han levantado numerosos templos e innumerables altares; Kuan-Yin, cuya benévola sonrisa es consuelo en millones y millones de hogares; Kuan-Yin, a la que levantan sus ojos los seres más pobres y miserables de la tierra. Y fueron la belleza de Kuan-Yin y la inefable dulzura de su sonrisa las que elevaron al rango divino a la que había sido en vida una modesta princesa china.

Al querer investigar un poco su vida terrenal y el origen y desarrollo de su culto, nos tropezamos en seguida no sólo con historias muy disímiles de esa joven princesa, sino que con el transcurso del tiempo, su personalidad, sobre todo iconográficamente, ha ido paulatinamente absorbiendo y anulando la de otras deidades femeninas. Quizá la más importante de las víctimas haya sido la divinidad budista cuyo nombre sánscrito "Avalokitesvara" se convirtió en japonés en "Kwan-on".

Avalokitesvara había nacido, según cuentan, nada menos que de un rayo de luz emanado de "Amithaba" (en japonés, "Amida"). Su sexo primitivo aparece más que indeciso, se le representaba y se le rendía culto bajo caracteres masculinos o femeninos indistintamente; pero más tarde, al pasar el budismo hindú a China y al Japón, se adoptó casi exclusivamente la representación femenina. Y, como decimos, la individualidad del semidiós o semidiosa budista vino a desaparecer enteramente: Kwan-on, en algunos aspectos imagineros de los varios en que se presenta, conserva aún ciertos rasgos y atributos propios que recuerdan al Avalokitesvara original, pero ha venido a eclipsarse más y más, para desaparecer casi enteramente entre los artísticos pliegues de la túnica de la Kuan-Yin china, que es inequívocamente femenina y china. Y hasta "Benten", la Venus japonesa, la diosa de la belleza, del amor, de la elocuencia y de las bellas artes, se confunde a veces con la ubicua deidad de que nos ocupamos.

Y es que la devoción a Kuan-Yin parece haber precedido de algunos siglos a la introducción del budismo en el Celeste Imperio: esta invasión religiosa no comenzó hasta fines del siglo IV de nuestra Era, mientras que Kuan-Yin comenzó a ser venerada desde su muerte, y se cree vivió bajo la dinastía Chow, hacia el siglo VII antes de Jesucristo.

Según la tradición más aceptada, su padre era una especie de bandolero que como ciertos señores feudales de nues-

tra Edad Media, logró reunir en derredor suyo un numeroso grupo de hombres y, erigido en caudillo militar, se apoderó de una porción considerable de territorio chino, en donde se proclamó rey, aunque nominalmente tributario del celestial emperador entonces reinante. Si en todo tiempo los progenitores se han creído con el derecho de disponer de sus hijas, calcúlese lo que sería un padre de tal calibre: el flamante rey-zuelo quiso obligar a Kuan-Yin a casarse a gusto de él apenas llegada a la edad núbil. Rehusó ella, y el padre, tan déspota en su casa como en su reino, la condenó a muerte. Mas, ¡oh milagro!, el tajante sable del verdugo se partió en dos al rozar el frágil cuello de la rebelde, sin que ésta sufriese el menor daño. No concreta esta tradición cómo vivió luego la heroica joven ni cómo murió, pero sí que—¡acaso también por decreto paterno!—su espíritu fué a parar al antiguo equivalente chino del Infierno. Pero tan grandes eran la bondad, virtudes y encanto de la "espiritual" princesa—esta vez el adjetivo no puede ser más apropiado—que el Averno se convirtió en un Paraíso.

Naturalmente, tal estado de cosas no podía convenir al Plutón chino, el monarca de las regiones infernales, quien para conservar el carácter peculiar y único de sus dominios no tuvo más remedio que sacar de allí a la peligrosa perturbadora. Para ello tuvo que resucitarla; pero, fuese por miedo o por venganza, tan pronto como la volvió a la vida la transportó a la isla de Putú o Pootoo (a la desembocadura del Yangtszé, muy cerca de lo que es hoy Shanghai) y la convirtió en flor de loto. De ahí que muy frecuentemente se represente a Kuan-Yin emergiendo de un loto, esa bella planta acuática de larguísimo y cimbreante tallo y amplias hojas flotantes que ha adquirido tan simbólico carácter en el país. Y en aquella isla se levantó luego un monasterio dedicado a la princesa-flor, que es hoy muy famoso y visitado.



Los siglos han patinado de oscuro los tonos robusta talla en madera (Foto Yusti)



Kuan-Yin pollicéfal. Bronce del Tibet. — (Fotos Yusti)



Ignorado artista esculpí toscamente la efigie de la diosa en un grueso tronco de bambú (Foto Yusti)

Otra leyenda recogida por los sinólogos, si bien coincide con el detalle de que el autor de los días de Kuan-Yin era un "self-made" rey de indudables bandoleroscos antecedentes, nos dice que aquella joven se distinguió desde la niñez por sus virtudes, muy en contraste con sus dos hermanas, que llevaban una vida muy relajada. A los dieciocho años de edad fué a visitar un monasterio en el que se albergaban trescientos bonzos. Fuese la virtud, fuese la hermosura de la princesita lo que excitase la admiración excesiva de los bonzos, lo cierto es que éstos no la permitieron luego salir del monástico recinto. El enfurecido padre, llamado aquí Ming-Chiang o Mian-Xen, quiso castigar a los abductores, y no se le ocurrió nada más eficaz que mandar incendiar el templo y el convento con todos sus moradores, y todos ellos perecieron, sin excepción. No obstante, a los pocos días se le apareció en sueños al déspota su hija, quien le informó de que se había salvado de las llamas subiéndose a las ramas de un cierto árbol que se llama "li-an", y pidió a su padre que la erigiese una estatua y la tributasen honores divinos. Así lo hicieron, si no el soberano, por lo menos sus súbditos, y el culto a Kuan-Yin se extendió rápidamente por todo el Imperio. Y por ello los artistas la representan muy a menudo llevando en la mano una rama del árbol salvador.

En las religiones orientales no existían ni Papas ni Concilios que pudiesen canonizar a la mártir. Pero son varias las deidades budistas y taoístas que fueron meros seres humanos, y más tarde, por espontáneo culto popular, nacida de la veneración que inspiraron sus hazañas o la ejemplaridad de sus vidas, alcanzaron jerarquía divina. Uno de ellos es "Kwan-Yü", conocido luego por "Kwan-Ti", el dios de la guerra—que, no contento con ser Marte, es también Apolo y Mercurio, puesto que es también Patrón de los literatos y de los comer-



Magnífico bordado en sedas multicolores sobre fondo rojo. — (Foto Yusti)

Aquí la diosa lleva en la cestita una carpa viva. Pintura sobre seda por Wen-Chen-Ki, período Ming.—(Foto Yusti)



Un primoroso marfil que mide medio metro de alto. — (Foto Yusti)

ciantes—, un héroe del siglo III de nuestra Era, que no fué deificado hasta fines del siglo XIV.

Para nuestra juvenil princesita, la deificación fué un caso típico de "vox populi, vox coeli", y, como queda expresado, su adoración se propagó velozmente por toda China, de allí a Corea y luego al Japón. Prueba de la indudable antigüedad de su culto es que ya en las milenarias crónicas del Celeste Imperio se hace constar que en nuestro año 709 se encontró una efigie de Kuan-Yin, que era evidentemente de época muy anterior, la cual se conserva hoy en el templo de Tsu. En conmemoración del hallazgo, los pescadores de la región celebran fiestas anuales en honor de la joven diosa.

Como ya se ha indicado, debido a la confusión con otros personajes y deidades, debido a las diferentes características divinas que puede tomar y debido también a la fantasía o inspiración individual de los imagineros y artistas de diversos países y de diversas épocas, las representaciones iconográficas de Kuan-Yin son bastante variadas y numerosas. Buscando una comparación, podríamos encontrarla en la multiplicidad de aspectos que entre los cristianos toma la Madre de Dios: la Virgen, en la Anunciación, es muy distinta de la del Pilar o de la Dolorosa, y aun dentro de cada advocación, la Virgen con el Niño, por ejemplo, los artistas griegos y rusos no la conciben como los italianos y españoles, ni los antiguos bizantinos como los ortodoxos del siglo XVII.

Entre otros aspectos y representaciones pueden mencionarse las siguientes: "La de las diez mil manos"; en la práctica, sin embargo, no pasan de cuarenta, si bien, cuando el tamaño de la figura lo permite, cada uno de los cuarenta brazos lleva veinticinco manos, elevando así el número de éstas hasta mil. Todas las manos tienen determinada posición ritual o sostienen simbólicos atributos.

"La de las once caras": cuatro de ellas van sobre los hombros; luego siguen otras cuatro más pequeñas (la pág. 35)ñas; luego dos, y una